

## Notas sobre ciudad, cultura y patrimonio

Joan Subirats | catedrático en Ciencia Política, Universidad Autónoma de Barcelona

URL de la contribución <<http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/4386>>

La ciudad vuelve a estar en primer plano. Más globalización y también más localización convierten a la ciudad y su entorno en el sitio en el que las cosas ocurren. Un espacio de posibilidades y como tal un espacio de conflictos. Hablar de ciudad ha sido siempre sinónimo de hablar de capacidades y de carencias. En la ciudad se enfrentan relatos distintos sobre proximidades y futuros. Culturas de la competencia y de la colaboración, de memoria o patrimonio, pero también de innovación y alternatividad. Culturas establecidas y culturas ocultas o emergentes. Hablar de cultura urbana o de cultura de ciudad inevitablemente nos lleva a hablar de valores, de política. Las nuevas agendas urbanas han de ser capaces de incorporar estos elementos en su contenido.

La idea de ciudad ha tenido y tiene muchas acepciones. Ciudad como lugar. Como lugar específico, con particularidades espaciales de centro y periferia, con densidades propias. Ciudad como conjunto de objetos, edificios y espacios. Diferentes ciudades tienen diferentes constelaciones de elementos. Ciudad como espacio específico de prácticas sociales. Ciudad como conjunto de prácticas sociales que se va configurando a lo largo de los años. Ciudad con memoria y memorias de distintas ciudades. No hay un único texto, un único relato (posible) de ciudad. Mantener una agenda urbana estrictamente ligada a los temas urbanísticos es no entender el papel de las ciudades en el nuevo escenario global del siglo XXI.

En efecto, la ciudad no es solo "lugar". Va más allá. La ciudad alberga dinámicas no directamente visibles. La ciudad cobija un gran conjunto de intercambios y flujos. Es por tanto lugar de intermediación y de transferencia. Fluyen ideas, datos, informaciones varias y también intereses y dinero. Y no solo eso. En ese espacio se concentran sentimientos. La ciudad como escenario en el que la gente vive, ama, sufre, cuida. Sin olvidar esa otra ciudad

que muestra creencias, valores, y que distingue a una ciudad de otra. Lo que es aceptable en una ciudad, no lo es en otra. Lo que a una ciudad le enorgullece, en otra puede ser visto como una anomalía a corregir. Resulta tremendamente restrictivo hablar de una única agenda urbana, ya que ello limita el reconocimiento de la diversidad como un valor central de la nueva época.

Cada ciudad tiene su cultura, sus culturas, sus distintas capas de memoria y de presente. ¿De qué hablamos pues cuando nos referimos a cultura y ciudad? Hablamos de ciudad cultural y de política cultural. Hemos de pensar y reconocer los flujos, las dinámicas de creación-destrucción, lo que constituye la experiencia urbana mediada por condición social, por diferencia de género o de origen. Hay diferentes ciudades para distintas gentes.

En esa línea, el último libro de Richard Sennett (2018) plantea la tensión entre la ciudad física o construida (la "ville") y la ciudad vivida (la "cité"). Por un lado, el conjunto de edificios, calles y plazas; por el otro, cómo vive, transita y hace suya la gente esa realidad física. A partir de esa dualidad, no siempre en equilibrio, Sennett construye un gran fresco sobre la ciudad, su historia, su complejidad actual, sin dejar de relacionar todo ello con pensadores, arquitectos, urbanistas, artistas y escritores que han ido encontrando en la ciudad su objeto de estudio o su escenario creativo.

Para aquellos que amamos las ciudades, la perspectiva que nos ofrece el autor es fascinante. Ciudad abierta, ciudad en la que puedan convivir lo que "es" (lo que su patrimonio le confiere) con lo "inesperado" (lo que en cada momento puede acontecer). Ciudad compleja, ya que la riqueza de sus interacciones le permite ser siempre cambiante, nueva. La complejidad enriquece la experiencia urbana, la simplicidad restringe, reduce esa posibilidad. La ciudad vivida acaba siendo siempre algo

más que la suma de sus distintas partes construidas, ya que de la interacción entre sus varios componentes acaba surgiendo siempre algo inesperado, no previsto. Creo que no es posible hablar de agenda urbana hoy día sin atender las reflexiones que Sennett plantea sobre ciudad abierta.

¿Cuáles son las características de esa ciudad abierta? Según Sennett, hay cinco formas distintas de expresar apertura. En este sentido apunta a ciudad sincrónica, puntuada, porosa, incompleta y múltiple. La idea de sincronía es potente. Implica que en la ciudad pasen o puedan pasar muchas cosas de manera más o menos simultánea. La imagen del bazar es en este sentido eficaz. Ocurren múltiples interacciones al mismo tiempo, en un mismo enclave, sin que exista una programación rígida de todo ello, pero sí una cierta coordinación (de horarios, de limpieza, de funcionamiento general). Esa capacidad sincrónica de la ciudad genera cierta confusión. Estimula y al mismo tiempo desorienta. Una agenda urbana que prime unas actividades sobre otras está, de alguna manera, limitando su posible capacidad de inclusión, de mezcla.

La idea de “ciudad puntuada” nos vincula a la ciudad con su patrimonio, con lo que ha sido y sigue siendo. Sennett trata, entiendo, de poner de relieve la necesidad de evitar tramas urbanas uniformizadoras y homogéneas. En un sistema de este tipo, su carácter cerrado, uniforme, permite intercambiar piezas, sin que importe mucho la distinta significación de cada una de ellas. Mientras que en un sistema abierto, menos uniforme, lo que prima es la capacidad de adaptación del conjunto, su capacidad de sustituir unas piezas por otras, sin que pierdan su personalidad, su distinta significación. La ciudad, en este sentido, tiene sus puntos de exclamación (monumentos, edificios característicos de cada ciudad); sus puntos y coma, sus pausas, sus interrupciones provocadas por cualquier espacio o vía; sus puntos y aparte, que son sus propios límites; o sus comillas, que serían aquellos aspectos de la ciudad que requieren atención, una reflexión especial. Una agenda urbana no puede desatender los aspectos patrimoniales que, en el fondo,

configuran lo que entendemos por ciudad en cada caso específico.

Una ciudad porosa podría asemejarse a una esponja. Algo que es capaz de absorber sin cambiar de forma. Los edificios, el patrimonio, las configuraciones urbanas específicas de cada ciudad, son capaces muchas veces de absorber nuevas funciones, nuevos habitantes, sin que ello implique cambios en su configuración. La ciudad porosa no deja de absorber pero resiste el cambio de forma, su porosidad viene marcada por su capacidad de dejar pasar pero también por su capacidad de no dejar pasar. No se trata de imaginar una ciudad como un escenario de mezcla, confusión y hibridación, sino como un espacio que permite inclusión aunque sea a costa de no integrarlo todo en una misma unidad. Un vez más ello nos indica que cualquier agenda urbana deberá evitar las rigideces físicas (fronteras entre barrios) y de usos (segmentación de usos) para mantener así su capacidad de adaptación.

Una ciudad incompleta. Una mirada más modesta sobre la construcción de la ciudad, de la “ville”, exige aceptar la idea de “incompletud”, de ciudad en constante construcción. De la misma manera que crecen las casas de la gente sin recursos, que se van haciendo a lo largo de sus vidas. Un urbanismo capaz de aprender. Puede parecer problemático imaginar que una ciudad, o un edificio, no acaben de completarse nunca. Pero es asimismo desasosegante el pensar que una ciudad, un edificio, están acabados para siempre. La flexibilidad en las formas urbanas permite adaptaciones a circunstancias cambiantes y ello no puede verse limitado por agendas que “acaben” o “cierren” el futuro de la ciudad.